

REAL ACADEMIA DE BELLAS ARTES DE SAN FERNANDO

LA VOCACION DE ARQUITECTO

DISCURSO LEIDO POR EL

EXCMO. SR. D. MANUEL DE CÁRDENAS PASTOR

Y CONTESTACION DEL

EXCMO. SR. D. PEDRO MUGURUZA OTAÑO



MADRID, 22 DE MAYO DE 1944

REAL ACADEMIA DE BELLAS ARTES
DE SAN FERNANDO

REAL ACADEMIA DE BELLAS ARTES DE SAN FERNANDO

LA VOCACION DE ARQUITECTO

DISCURSO LEIDO POR EL

EXCMO. SR. D. MANUEL DE CÁRDENAS PASTOR

Y CONTESTACION DEL

EXCMO. SR. D. PEDRO MUGURUZA OTAÑO



MADRID, 22 DE MAYO DE 1944

REAL ACADEMIA DE LAS ARTES DE SAN FERNANDO

LA VOCACION DE ARQUITECTO

DISCURSO LEÍDO POR EL

EXCMO. SR. D. MANUEL DE CÁDIZAS PASTOR

Y CONTESTACION DEL

EXCMO. SR. D. PEDRO MUGURIZA OTAÑO



MADRID, 23 DE MAYO DE 1911

DISCURSO

DEL EXCMO. SR. D. MANUEL DE CARDENAS Y PASTOR

IMPRESO

DEL ESTILO SR. D. MANUEL DE CARRERAS Y PASTOR

SEÑORES ACADEMICOS:

“La alta distinción con que me ha favorecido la Real Academia abriéndome generosamente sus puertas y colocándome al lado de los hombres ilustres que la componen, si en estos tiempos debiera parecerme un galardón desproporcionadamente superior a los pobres trabajos que llevan mi nombre, trae consigo, en la época en que vivimos, obligaciones tan arduas y una responsabilidad de tanto peso, que desmayan mis fuerzas al considerarlas y me demuestran la temeridad de que me he hecho reo cuando acepté el honor que habéis tenido la dignación de concederme.”

Las anteriores palabras con que comienzo este discurso, obligado preámbulo del mismo, expresión sincera de mi mayor gratitud a todos y cada uno de los señores académicos, son las mismas, que hago mías, por coincidir en todo con los sentimientos de mi ánimo, con las que en el discurso de ingreso en la Real Academia Española, comenzaba, ocupando el sillón ya-

cante por el fallecimiento del sabio sacerdote y eminente filósofo Jaime Balmes, el 10 de diciembre de 1848, mi bisabuelo materno, José Joaquín de Mora, a quien aprovecho la ocasión de rendirle el homenaje debido a su recuerdo y agradecido también por haberme dado la pauta para el comienzo de esta modesta disertación, difícil para mí, poco habituado a estos menesteres, desprovisto de toda gala oratoria, ya que, en lo que llevo de vida, manejé más el lápiz, dibujando, que la palabra y la pluma.

Es también un deber dedicar un sentido y cariñoso recuerdo a los ilustres académicos que fueron profesores míos en la Escuela Superior de Arquitectura; en primer lugar, a D. Antonio Ruiz de Salces, que, si mal no recuerdo, presidió el primer examen que sufrí en los estudios de mi carrera, y a todos aquellos profesores que, sin ser académicos, se dedicaron a la enseñanza de la Arquitectura, y que han influido en la cultura arquitectónica que yo haya podido adquirir; cultura que sí, como mía, es modesta, es tan sólo debido a unas condiciones subjetivas, puesto que sólo pude asimilar un poco de lo mucho que me enseñaron.

Fué gran amigo e inseparable compañero, desde los primeros momentos de mi carrera, Antonio Flórez, que en su juventud, ya lejana, mostraba su gran vocación por la Arquitectura, iniciada ésta a la sombra de la "Pulcra Leonina". Aportaba a la obra de la restauración de la Catedral lo que su capacidad, correspondiente a su poca edad, le permitía, ayudando a los maestros a hacer plantillas para la construcción de las vidrieras que Juan Bautista Lázaro, que fué también ilustre académico, bosquejaba, demostrando ya entonces su naciente aptitud en el dibujo y en el color. De estas facultades artísticas dió

sobradas muestras desde el tiempo de su juventud hasta pocos días antes de morir, quedando de su arte aquellas magníficas reproducciones del Templo de Taormina, los detalles maravillosos de la Basílica de San Marcos y aquellas acuarelas insuperables que integraron el último envío de su pensión en Italia, entre las que destacaban las tan deliciosas de la restauración del Cá d'Oro, de Venecia.

Volvió Flórez de su pensión en el extranjero y emprendió en España su vida profesional. Infatigable trabajador y con verdadero acierto, tuvo a su cargo la restauración de la Mezquita de Córdoba; destacando, entre las innumerables obras que hizo, las de infinidad de escuelas, y, sobre todo, la del Teatro Real de Madrid, por cuya completa restauración luchó con entusiasmo, no desmayando ni un momento ante las dificultades de todos los órdenes que se presentaron para ver realizada esta aspiración, que no pudo lograr.

Su labor, durante largos años, en la Escuela Superior de Arquitectura, es patente y todos los arquitectos de esta generación lo saben, ya que no solamente cumplía con la misión pedagógica a que estaba obligado, sino que la sobrepasaba, considerando siempre que eran pocas las horas que oficialmente le marcaban para desarrollar su labor, altamente artística.

Gozando con el ejercicio de la enseñanza, hacía copiar bajorrelieves, cerámicas, tallas y hierros, todo cuanto en materia decorativa había en la Escuela, y lo completaba llevando a sus alumnos a los museos y a las casas particulares, para que tomasen notas, bocetos de objetos artísticos, haciendo reproducciones con todo detalle y a todo color en aquellas acuarelas que, reunidas, constituirían uno de los elementos más interesantes de guardar, no sólo en el Museo de Arquitectura Nacio-

nal, recientemente creado, sino en cualquier museo de Bellas Artes.

Estos trabajos andan hoy día diseminados entre los arquitectos que fueron sus alumnos, y que siendo de temperamento artístico los han querido conservar. Otros muchos, elegidos por él entre las obras de sus alumnos preferidos, cuya preferencia era solamente por su arte, fueron reunidos en la Escuela de Arquitectura, y desaparecieron como todo lo que existía en la nueva Escuela de la Ciudad Universitaria, de la que si algo se salvó fué únicamente una parte de su nutrida biblioteca, gracias al celo e interés que puso en su recuperación el entonces Director, compañero nuestro de Academia. No era extraño, según testigos presenciales, cuando las tropas entraron en el edificio de la Escuela, ver tirados por el suelo, entre barro y cascos, restos de láminas, de grabados y hasta de algunas acuarelas de los discípulos de Flórez.

Nació con vocación artística, quiso ser perfecto en su arte y lo fué, y era para él el mayor galardón de su vida, ya que fué artista desde el principio hasta el final. Por eso, sin duda, en la hora postrera, cuando veía cercana la muerte, al redactar con su mano temblorosa su esquila de defunción, no puso en ella ni su profesión, ni sus cargos oficiales, ni sus condecoraciones y prebendas, tanto nacionales como extranjeras, ni nota alguna que indicase sus actividades; sino como resumen de su arte, de aquel arte que llevaba en lo íntimo de su ser, no quiso que debajo de su nombre se pusiera otra palabra que ésta: artista.

A este pequeño homenaje al difunto compañero y buen amigo, y cuya medalla es la que me vais a imponer, y que tan inmerecidamente me habéis concedido, quiero unir el de otros

académicos qu fueron para mí dignos profesores y buenos consejeros, como dije antes, y a los que, desgraciadamente, no puedo saludar, pero a los que recuerdo con veneración.

* * *

Grande fué mi preocupación sobre la elección del tema objeto de esta obligada peroración, ante tanto asunto como puede ofrecerse a un arquitecto enamorado de su profesión y de todo cuanto a las Bellas Artes se refiera.

Entre los que pudiera elegir, unos han sido ya tratados, otros quizá no tuviesen un fin práctico y otros, por último, por su marcado tecnicismo y aridez, fueran poco apropiados para un acto como éste.

Pero el recordar la vida de Antonio Flórez me ha sugerido la idea, de que la vocación de arquitecto era el asunto más apropiado para tratar, ya que el carecer de ella, o teniéndola no haber podido desarrollarla debidamente, sea, entre otras, una de las causas por que la Arquitectura está en crisis en estos momentos.

En el ejercicio de todas las actividades humanas se puede llegar, con el tiempo y por la rutina, a ser algo en una profesión; pero esa profesión no será perfecta, ni constituirá el ideal de una vida de trabajo, si no está fundada en la vocación.

Sin vocación no puede haber arquitectos, ni otros artistas, ni militares, ni sacerdotes, ni maestros. Todo en la vida se puede ser; pero para serlo dignamente hay que sentir vocación desde los primeros momentos en que la razón asome.

La vocación no es otra cosa que la inspiración con que Dios

llama a algún estado, profesión o carrera; es sentir el deseo de ser arquitecto, en nuestro caso, para llegar a proyectar y construir edificios con arte, ya que sin ella el arquitecto no pasa de ser un constructor vulgar y corriente.

Lo que tal vez son quiméricas ilusiones desde los primeros años de la vida, pueden llegar a ser una realidad fecunda si el interesado pone de su parte todo lo necesario para conseguirla, si completa con el trabajo la inspiración divina que lleva a dar preferencia a esta profesión sobre las demás.

La Arquitectura, como Bella Arte, tiene que ir necesaria e inexorablemente ligada a las otras artes. No se puede ser sólo arquitecto; y el que lo sea de verdad, en el estricto sentido de la palabra, el que ame y sienta la Arquitectura, tiene que ser un poco pintor, un poco escultor, un poco arqueólogo y hasta un poco músico y poeta.

Y así ha sido siempre, desde Vitrubio hasta nuestros días. Repasad las biografías de los ilustres y grandes maestros de la Arquitectura, en todos los países y en todos los tiempos, y veréis cómo todos ellos practicaban siempre alguna otra arte, en la que eran maestros consumados, como Miguel Angel, Brunelleschi, Berruguete y Churriguera, dándose el fenómeno recíproco en Leonardo de Vinci, el Greco, Alonso Cano, Velázquez, Narciso Tomé y tantos otros que todos conocéis, que al destacar en la cúspide de la Pintura o la Escultura tenían también el dominio perfecto de la Arquitectura. Repasad las colecciones de cualquier museo y veréis cómo en la mayor parte de los cuadros de todas las épocas existe siempre Arquitectura, pero Arquitectura buena, Arquitectura de calidad, en conjunto y en detalle, verdaderas composiciones arquitectónicas que demuestran, por encima de todo, que el pintor cuando pintaba

tenía un perfecto conocimiento de lo que era este arte. Y si estudiáis con un poco de atención la vida de estos artistas que nos precedieron, encontraréis en los catálogos de sus bibliotecas libros que eran indefectiblemente de Arquitectura, que les servían de deleite, de enseñanza y de modelo.

La vocación por la Arquitectura, además que por inspiración divina, nace también del contacto de los jóvenes con los arquitectos y con sus obras mismas. La influencia del medio ambiente se impone, y por eso es muy frecuente que, lo mismo que en otras profesiones artísticas, pueda ser considerada como hereditaria esta vocación. El hijo del arquitecto, que desde los primeros años, siendo todavía niño, ve a su padre dibujar, proyectando, siente el natural y lógico deseo de hacer lo mismo, por ese espíritu de imitación que todos tenemos siempre de los actos o manifestaciones que son más cercanos a nuestra situación. Por eso ha habido artistas, en todas sus manifestaciones, que han sobresalido en su arte, siendo hijos, hermanos o parientes de ellos. La historia nos da profusos testimonios.

De mí sé decir, que cuando terminaba mis estudios de Bachillerato, y dada la amistad que me unía a un malogrado hijo del que fué ilustre académico, D. Arturo Mélida, le acompañaba, cuando salíamos de clase, al estudio de su padre, allá en un piso bajo, interior, de la calle de Goya, cuya habitación correspondía al jardín central de la manzana que el marqués de Salamanca construyera. En este estudio modelaba el insigne arquitecto, por aquel entonces, el sepulcro para Colón, destinado a la Catedral de la Habana, donde se colocó; hasta que, después de la pérdida de esta bella Colonia, fué trasladado a la Catedral de Sevilla, como todos sabéis.

En este estudio, cuyos altos ventanales daban al ya citado jardín comunal de la manzana, donde el sol entraba a raudales, atravesando las acacias floridas, que aun hoy existen, Mérida modelaba en barro los heraldos que sostenían la urna funeraria; y también recuerdo que en aquellos pies, que a mí me parecían de gigante, algunas veces, por su orden, ponía barro en los sitios en que era necesario, para que él, con sus palillos, los modelase.

El ambiente del estudio me envolvía y sugestionaba. Trabajaba el maestro no solamente como escultor, sino que hacía, además, una labor verdaderamente arquitectónica, y mejor dicho, de plenitud artística, pues allí se modelaba, se pintaba, se hacían planos y acuarelas, se dibujaban ilustraciones para libros, detalles y perfiles para obras, todo cuanto su inagotable e incansable actividad manifestaba en todas partes. Había allí, en aquella revolución, lienzos y planos, paletas con colores, estuches de dibujo, caballetes y tableros, libros y esculturas, dibujos y fotografías; y no es nada extraño que, aficionado, ya de chico, a todo lo que con las Bellas Artes se relacionaba, sintiera yo también deseos de imitarle y poder llegar a ser, por lo menos, un modesto artista.

El fué, entonces, quien descubrió mi vocación, ante lo que hacía en medio de aquel ambiente, tan de mi gusto, y me aconsejó que, en vez de seguir la carrera de militar, como mis padres deseaban, fuera arquitecto. Y así, con esta vocación, que luego mis padres alentaron, y muy agradecido a Dios que me la había inspirado, pude lograr lo que ha llegado a ser para mí una ilusión realizada.

Esta envidiable condición de Mérida, del cultivo de todas las Bellas Artes, siendo maestro en todas ellas, se ha llamado

“miguelangismo” por un crítico moderno, con referencia a un joven arquitecto que presentó recientemente en una exposición obras de escultura, de arquitectura y de pintura, de las que era autor. Mérida fué galardonado por un rey pacificador, según se cuenta, con una Gran Cruz, como premio a sus méritos; y al entregársela Su Majestad, parece ser que le dijo: “Te premio porque has sido igual que Miguel Angel, que era arquitecto, pintor y escultor”. A lo que Mérida, con el gracejo que tenía, y recordando una de sus aficiones más intensas, le contestó: “Pues yo, Majestad, he sido más que Miguel Angel, porque Miguel Angel no mató toros, y yo sí”.

Sabemos que la Arquitectura es arte y ciencia, necesiándose, para su realización, del proyecto previo y de su ejecución, mediante el empleo de los materiales que la naturaleza nos brinda, ya sin transformar, ya transformados, siendo preciso dar a éstos la debida forma y dimensión, como su relación entre unos y otros, para que el edificio resultante sea útil y estable, sin detrimento de la belleza.

No se puede prescindir, por lo tanto, ni de la utilidad ni del arte, que dan la forma, ni tampoco de la Matemática, que comprueba y da la dimensión, habiendo sido una preocupación constante, desde los tiempos de Vitrubio, tal vez antes, hasta nuestros días, cuanto al estudio de esta Ciencia se refiere.

En esta misma Academia se ha tratado muchas veces del tema matemático en discursos de académicos y en otras manifestaciones; y es curioso recordar cómo en el año 1800 se inauguraron unos cursos de Matemáticas para arquitectos, pintores y escultores, llegándose a publicar un libro, editado en la Imprenta de la viuda de Ibarra, en 1802, en el que el alumno

Francisco Roblejo exponía sus ideas acerca de la influencia de las Matemáticas en todas las Bellas Artes y la extendía, principalmente, a la Oratoria y hasta a la Literatura.

De una fórmula matemática no se obtiene una forma arquitectónica; ésta la concibe el arquitecto y aquélla sólo sirve para comprobarla, comprobación que debe ser realizada por el arquitecto, ya que por la completa enseñanza matemática que recibe tiene capacidad sobrada para ello.

De lo anterior se deduce que el arquitecto, en el ejercicio de su profesión, no debe abandonar, al proyectar, el tiempo necesario para el estudio artístico, para destinarlo a la aplicación de fórmulas basadas en una serie de teorías que obligan, para su conocimiento previo, a una atención fija y única, con enojosos cálculos durante el período de su formación profesional, cálculos no solamente a los efectos resistentes, sino para el establecimiento de muchas instalaciones a que obliga la utilidad y comodidad que la vida moderna impone, y, por lo tanto, la edificación exige; pero que su estudio minucioso y detallado se sale, las más de las veces, del margen de la naturaleza de nuestra competencia profesional.

La falta de ponderación en el estudio de las matemáticas separa la Arquitectura de su verdadero fin, produciendo obras frías y sin carácter, con esa frialdad y rigidez de todo lo matemático, siendo esa una de las causas, entre otras, que hacen que el arquitecto, al terminar sus estudios, carezca de la condición que estimo primordial para el ejercicio de la profesión en su verdadero aspecto, que es el de la parte artística.

Sucede que los alumnos tienen poca afición y, por lo tanto, están poco habituados a copiar del natural, y por consiguiente, les falta mano para dibujar y croquizar con gracia y

veracidad lo que piensan, pues no copiando del natural falta el recuerdo de las cosas que se ven. El boceto de un detalle, la protografía, como se decía antes, o de un conjunto arquitectónico queda grabado para siempre, y con la continuidad de estos pequeños estudios llegan a adquirir en la memoria un caudal precioso de motivos arquitectónicos, o de las otras artes, que en sí son insignificantes, pero cuyo recuerdo es tan valioso para poder expresar gráficamente una idea arquitectónica. Mucho hace la fotografía; pero las pruebas recogidas se ven a la ligera y su recuerdo no queda perenne, exactamente igual que tampoco queda cuando se hojean rápidamente, sin pararse a tomar notas gráficas, las revistas y libros profesionales. De aquí nace esa falta de conocimiento de tanta riqueza, que es la base en que tenemos que fundamentarnos para poder proyectar a conciencia.

Sobre la importancia de la facilidad de dibujar es interesante un párrafo de un célebre Tratado de Aritmética y Geometría de Dibujantes, que publicó la Real Academia de San Fernando, para uso de sus discípulos, ordenado por el arquitecto teniente de Director de la misma, D. Juan Miguel de Inclán Valdés, en el año 1826, y que dice así: “Lo dicho hasta aquí podrá cumplir los fines que la Real Academia se propone, si el joven alumno sabe apreciar sus desvelos por el progreso e ilustración de las artes, y por ponerle en estado de llamarse algún día profesor: y pues tanto cuanto más se adiestre en la ejecución a pulso de todas las figuras geométricas, hallará después facilitadas las que deba formar en la copia de los originales en cada una de las partes del cuerpo humano, acostumbrando su vista a la exactitud, y la mano a obedecer diestramente a su entendimiento, deberá ser incansable en este

ejercicio hasta llegar a la perfección y hacer cualquier figura geométrica a pulso, cual si fuere con regla y compás”.

Si recorremos la historia de la Arquitectura, vemos que ha habido épocas en que por una mala entendida disposición de los elementos constructivos de los edificios se fueron éstos derruyendo, no llegando hasta nuestros días más que escasos vestigios de ellos.

Los materiales que los constituían eran nobles y excelentes, los operarios conocían cada uno su oficio a la perfección; pero esto no obstante, las fábricas no se sostenían y la práctica fué la que hizo que hubiese que cambiar el sistema constructivo cuando algún arquitecto inteligente e intuitivo estudió el defecto halló las causas y acertadamente lo corrigió, dando lugar a la creación de nuevos estilos, basados en las nuevas estructuras, mutación que no fué violenta, sino que siguió el curso paulatino del tiempo, culminando en aquella maravillosa arquitectura ojival, que permitió hacer las estructuras en piedra con una ligereza como pudieran hacerse hoy día con el hierro y el hormigón. ¿Qué fórmula matemática emplearon para ello? Quizá ninguna otra que la intuición y buen arte del arquitecto que fueron quienes obraron tal prodigio.

Si al proyectar las bóvedas de Santa Sofía de Constantinopla, o la del Panteón de Roma, se hubiera necesitado aplicar complicadas fórmulas y extensas teorías, los edificios no se hubiesen realizado seguramente, ya que la imaginación del arquitecto, perdida entre tanto guarismo, habría obscurecido por completo la llama de su inspiración artística.

La vocación por la Arquitectura se manifiesta en el hombre y en la mujer antes que las demás, desde los primeros años de su vida; y por eso, los primeros juegos infantiles, los más

fáciles y sencillos, los que más les gustan a los niños, son siempre todos aquellos que con la Arquitectura se relacionan. Sobre las losas de una calle cualquiera, el niño de cuatro años, con un trozo de yeso o con una piedra, traza unas rayas que son un conato de vivienda. Los niños, en los jardines, en las plazas o en las playas, hacen también casas con arena; y al ser un poco mayores, pasan a hacer construcciones con una tercera dimensión, haciendo verdaderos alardes arquitectónicos. Esta afición es innata en el hombre por aquello de que, como dije antes, tiende siempre a copiar las cosas con las que más familiarizado está. Y acostumbrado el niño a no ver otro ambiente que el de su casa, cuando sale fuera de ella siente el deseo lógico de reproducir, dibujando, aquello que está más acostumbrado a ver. Y todos sabemos que no hay nada que entretenga tanto a los pequeños como unas construcciones de cartón o de madera.

Es muy interesante el estudio de estas condiciones precoces de arquitectura infantil. Tengo ya recogidos muchos datos acerca de ello, que no parece prudente explicar aquí para no hacer demasiado larga mi disertación.

Se empieza por el elemento más sencillo de la Arquitectura, que es el rectángulo de una habitación, y se va complicando hasta hacer ya distribuciones, que son alardes de buena disposición, y todo ello con un verdadero sentido de la realidad, con una ponderación, un equilibrio y una intuición tal que hacen pensar muchas veces en que no se ha sabido fomentar o cultivar esta vocación que de pequeño se tenía. Y el fomento de esta vocación artística del arquitecto es el ideal que debemos de tener todos los que a la enseñanza de la Arquitectura nos dedicamos.

Una vez que el hombre se ha decidido ya por la carrera de Arquitecto y da sus primeros pasos en ella, conviene encauzarle y guiarle, con objeto de que pueda sacar el mayor fruto posible de sus enseñanzas. Pensar que los artistas vienen al mundo con todas las facultades que constituyen su talento es un error. El período de transformación depende no solamente de ellos mismos, sino también del ambiente que les rodea; pero para muchos es la vida demasiado corta y ocurre, con lamentable frecuencia, que un arquitecto no llega a la plenitud artística hasta sus últimos años.

Y esta falta de rendimiento y esta atrofia de la vocación depende muchas veces no sólo de los métodos de enseñanza, sino de las horas que los alumnos pasan fuera de nuestra Escuela. Para ello no hace falta sino recordar el ambiente en que el arquitecto vivía en los finales del siglo pasado y principios del actual. El alumno de Arquitectura era un artista más, y con los pintores y con los escultores convivía. Quizá todos vosotros recordéis aquellos acogedores salones del Círculo de Bellas Artes, instalados en el palacio del conde de Lombillo; allí íbamos y convivíamos con pintores, escultores y músicos, y juntos formábamos parte de los corrillos en las tertulias artísticas de renombre; y cuando, en el buen tiempo, se organizaba alguna fiesta artística en el jardín, auxiliábamos en las instalaciones de carácter decorativo; fiestas que, como otras, organizaba siempre Leopoldo Cortina, a quien muchos no habréis olvidado seguramente.

Vivíamos en un ambiente de arte, estábamos enterados del movimiento artístico, no solamente de España, sino de Europa y del Mundo. Colaborábamos con pintores y con escultores, y raro era el alumno de Arquitectura que no iba, en algún rato

libre, a trabajar en algún estudio de un consagrado. De esa manera era fácil conservar la vocación; se fomentaba y los alumnos adquirirían un conocimiento artístico, no en los libros ni en los apuntes, sino simplemente de la convivencia con los demás. Y cuando veíamos una obra terminada y alabada nos llenábamos de orgullo al pensar que nosotros habíamos contribuído tanto, en la medida de nuestro esfuerzo, al ver convertido el proyecto en realidad.

Hoy día, el panorama ha cambiado por completo; los alumnos, al salir de sus clases, carecen del tiempo necesario para estas expansiones educadoras, habiendo desaparecido la costumbre de asistir al estudio de algún arquitecto para practicar su arte, aprendiendo del maestro lo que de su práctica profesional le podía enseñar, saliendo de ahí que el discípulo, al igual que los pintores y escultores, se perfeccionaba en los estudios de los artistas consagrados.

La vocación artística se manifiesta en todos los actos de la vida de los amantes de las Bellas Artes, hasta en los más insignificantes y sencillos. Recuerdo que no hace mucho tiempo coincidí en la visita a uno de nuestros monumentos nacionales con un prócer noble que también pertenece a esta Real Academia; y cuando, a la salida, pregunté a un escritor culto sobre el concepto que le había merecido el ilustre visitante, me contestó, escribiendo en una cuartilla, pues está privado de la voz: "Conocía al Marqués nada más que por sus obras, y la verdad, al conocerle ahora, pensé que el hombre no correspondía a ellas o viceversa; pero verle acariciar suavemente y extasiado las maravillosas tallas de Pedro Doncel, fué descubrirle". Y es que el que es verdaderamente artista, lleva su arte hasta los más insignificantes detalles.

A la poca preponderancia de las enseñanzas artísticas, que, como dije antes, imprime a las obras un sello característico, se unían en un tiempo, ya afortunadamente pasado, aquellas teorías disolventes, no extinguidas del todo, que preconizaban que la belleza estaba tan sólo en la utilidad; que una casa era un útil para vivir y que todo elemento decorativo y estético era únicamente para las personas de la más ínfima clase social.

Por suerte, en nuestro país imperan poco esas teorías, no sólo en la Arquitectura, sino en las demás Bellas Artes; y al desecharlas para siempre, ha surgido la fuerte reacción hacia lo realmente bello, como ha sido tradicional en España, donde las Bellas Artes pudieron desarrollarse con todo su esplendor en momentos que coincidían con la expansión maravillosa del Imperio. Y esta reacción lograda hay que cultivarla y hay que alentarla.

Si efectivamente retornamos a un resurgimiento de la Arquitectura, para que este resurgimiento persevere, para que se afirme, hay que cuidarlo, hay que mirarlo y hay que ponerlo en condiciones de que pueda fructificar. Volvamos, para ello, de nuevo a imbuir en el arquitecto el camino de las Bellas Artes, que no se contente solamente con proyectar, sino que, además, pinte y modele.

La vocación por la Arquitectura debe extenderse a todas las Bellas Artes, y tender, como ideal supremo, a que el arquitecto sea como los grandes artistas del Renacimiento italiano, que lo sabían todo, que lo practicaban todo y que eran genios en el sentido que Goethe daba a esta palabra cuando decía que “todo gran talento es siempre enciclopédico”.

En esta pluralidad siempre es mayor la vocación por una que por las restantes, que es a la que el artista dedica todas

sus actividades; pero también ocurre que pueda perderse a expensas de una mayor afición por otra, como ocurrió, según tengo entendido, a Matías Laviña, que, habiendo sido pensionado por la Diputación de Zaragoza para perfeccionar en Roma su espléndida voz, al llegar a la Ciudad Eterna, extasiado ante las maravillas de San Pedro y de los otros célebres y bellos monumentos, renunció a tal protección, dejó el canto y se dedicó, por completo, con toda ilusión, a la Arquitectura, en la que, como todos sabéis, sobresalió notablemente.

La vocación de este bello arte pudo más que el cultivo de su buena voz, que consideró como un ideal muy pequeño para el logro de sus ilusiones.

* * *

El cultivo de la vocación ha de ser la norma fundamental de nuestras aspiraciones. A voces más autorizadas que la mía corresponde, sin duda, encauzar y conducir la enseñanza de la Arquitectura. Pero todos los planes que se hagan, por muy maravillosamente que estén planeados, por profundas y estudiadas que sean las disciplinas, no llegarán a conseguir su fruto si no se pone como nota dominante de ellos, por encima de todo y en lugar preeminente, el predominio total y absoluto de las Bellas Artes y el fomento y cultivo de la vocación artística.

Para llegar a conseguir esto todos los caminos son buenos, y podría tener una parte muy importante en ello esta Real Academia, nuestras Escuelas Superiores, la Dirección General de Arquitectura y hasta la Real Congregación de Arquitectos de Nuestra Señora de Belén y Huída a Egipto, con sus Círcu-

los de estudios, que fundada en el siglo XVII tuvo su sede en su Capilla, junto a la iglesia de San Sebastián. Aquella Capilla en cuya cripta están enterrados Juan de Villanueva, Buena-ventura Rodríguez y otros muchos arquitectos ilustres, algunos con sus mujeres, tal vez como homenaje póstumo a las que muchas veces fueron sus acertadas inspiradoras, debido a su fina sensibilidad artística, ya tradicional en la mujer. Esta Capilla fué saqueada por los sin arte y los sin Dios y destruída por la guerra.

Desde el año 1688, en que se tienen las primeras noticias de la Congregación, tienen a gala formar en sus filas los arquitectos más destacados, y así, conviene recordar cómo fueron Hermanos Mayores, entre otros, Torija, Ardamáns Churrigüera, Ventura Rodríguez, Sabatini y Juan de Villanueva; y ya en nuestros días, lo fueron los académicos de San Fernando, Avalos, Cubas, Ruiz de Salces, Repullés y Vargas, Alvarez Capra, Fernández Casanova, Lázaro, López Salaverri, Lampérez, Aníbal Alvarez, Zabala y Gallardo y Landecho. Por eso, siempre he de recordar como el más preciado galardón que Dios me haya podido otorgar, aquel día del año 1935 que, cuando España se desenvolvía en un caos de odio y muerte, se me imponía la Medalla de Hermano Mayor de la Real Congregación, bajo la bóveda de nuestra Capilla, de esa Capilla que hoy día están reconstruyendo, precisamente por la ayuda y protección especial prestada por esta Real Academia que hoy me acoge.

Tenemos ahora más que nunca que fomentar la vocación arquitectónica, ya que es mucha la mies y pocos los operarios. Cuando un mundo desquiciado y enloquecido sólo piensa en inventar nuevos métodos de destrucción y de muerte, cuando el jinete apocalíptico de la guerra arrasa y destroza la tierra so-

bre la que galopa, en España, remanso de paz por la espada victoriosa del Caudillo, debemos preparar a las futuras generaciones para que vuelvan a elevar nuestra Arquitectura a las alturas inaccesibles de la época esplendorosa de nuestro Imperio.

Para ello, todos los esfuerzos que hagamos serán siempre pocos; fomentemos la vocación del arquitecto, preparemos el ambiente, apartemos del terreno la espina, la cizaña y el pedregal y dejemos la tierra preparada y fecunda, para que pueda en ella, como en la parábola evangélica, fructificar la buena semilla.

The first thing I noticed when I stepped out of the car was the smell of fresh air. It was a relief after being stuck in traffic for hours. I looked around and saw a beautiful landscape with rolling hills and a clear blue sky. The sun was shining brightly, and the birds were chirping happily. I took a deep breath and felt a sense of peace and tranquility. I had finally reached my destination, and I was so grateful for the journey. I had seen so many amazing things along the way, and I had met so many wonderful people. I had learned so much about myself and the world around me. I was so happy to be here, and I was so excited to see what the future held for me. I was so grateful for everything that had happened to me, and I was so happy to be where I was now. I was so grateful for the people who had helped me along the way, and I was so happy to have found my way home. I was so grateful for the love and support that I had received, and I was so happy to be able to share it with others. I was so grateful for the life that I had lived, and I was so happy to be able to live it all over again. I was so grateful for the people who had made my life so special, and I was so happy to be able to spend the rest of my life with them. I was so grateful for the love and support that I had received, and I was so happy to be able to share it with others. I was so grateful for the life that I had lived, and I was so happy to be able to live it all over again. I was so grateful for the people who had made my life so special, and I was so happy to be able to spend the rest of my life with them.

DISCURSO

DEL EXCMO. SR. D. PEDRO MUGURUZA OTAÑO

SEÑORES ACADEMICOS:

La solemnidad ceremonial de una recepción académica recibe de la asistencia pública el festejo de esa alegría luminosa y expansiva que se traduce en aplausos y se clava entre los dos discursos rituales como respuesta elocuente al de ingreso y auxilio al de respuesta, acortando la distancia a salvar en el ciclo protocolario a que conviene ahora acortando breves dimensiones y carácter adjetivo para limitarse a explicar sencillamente lo que sea menester.

Así, debiera limitarme a decir que recibí este invierno el discurso (recién leído por su autor) al doblarse la mañana ya vencida de un sábado en la oficina del Ministerio y con el encargo de presentarlo a esta Academia durante su reunión semanal del lunes inmediato; pero mediaba en el trámite el ocio de un domingo, propicio a la indiscreción o a la curiosidad; y así se explica que fuera leído lo que debiera ser entresacado simplemente; sólo quería conocer, a lo primero, la línea general

del tema, luego su estructura; y acabé en el recreo de sus pormenores, cuajados para mí de recuerdos viejos de más de cinco lustros arraigados en afectos que envejecen con uno mismo, pero no se pierden, sino que se unen, conviven y fortalecen.

Me propuse entonces ser yo quien contestara; lo alcancé de la ajena bondad sin necesidad de recurrir a la propia intriga, y me afané en seguida a desempeñar el cometido de tal manera que los albores del martes barrían los flecos de niebla enzarzados por la noche en las frondas del Retiro cuando apagaba la luz tras de escribir lo que sigue, con más sensación de deseo satisfecho que de deber cumplido.

Pero este simple relato puede parecer impertinente en su propia insignificancia si no se cubren con los velos de una vulgar explicación esos ribetes de aparente pedantería que siempre recortan los escritos en que figura como eje el propio autor.

Esta explicación depende del grado en que conozcáis la vida interna de un cargo público; pero el recuerdo ingenuo de otros tiempos me permite tomar como base la impresión del que mira la ostentosa fachada de una Dirección General y se deja atraer por la luminaria de sus escaparates, imaginando su interior como un mágico bazar surtido con todos los recursos al alcance de la Administración para redimir servidumbres, curar achaques y procurar felicidad a las artes, a las ciencias, a las técnicas y a cuantas actividades tengan carácter oficial: algo así como se apilan y ordenan en cajas, frascos y redomas de una rebotica todos los específicos y remedios adecuados a una humanidad doliente.

Y así es el propósito; pero la vida se encarga luego de con-

trariar esa concepción inocente, para desvirtuarla con incidencias, tales como las que surgen del torrente inagotable de papel que brota del Registro general y anega los estantes de nuestra rebotica con el caudal atropellado de las más diferentes literaturas, o las que dispara el paqueo intermitente de la sala de visitas y perfora o mella las menguadas defensas naturales con la metralla disparada por varias dialécticas; incidencias que son inocuas en sí, como otras muchas, en lo que tienen de contenibles y parcelables ante un sistema cartesiano de digestión administrativa que facilite la comprensión humana; pero que se hacen hirientes y fastidiosas cuando se les inocula, desde algún reducto, ese microbio peculiar que ataca todo, por sistema, porque no lleva el escandallo de su fábrica, a impulso de unos complejos de temor o cuando no se pasa por el estanco de su conformidad, y entonces pierden su cualidad doméstica, tratable, para adoptar una conducta de agresividad, que podríamos llamar felina si no se nos ofendiera esta meritoria familia de retráctiles; conducta que estorba la acción, entorpece el trabajo y obliga a su abandono hasta remediar el entuerto y curar el daño, porque siempre quedan de cuenta de la casa los vidrios rotos. Y digo esto para que se alcance a comprender cómo sueña en voz alta el que envidia la destreza taurina del arquitecto D. Arturo Mélida y echa de menos su facilidad de matador de toros, en estas otras lides metafóricas que precisan de un temple especial para sortear embestidas, coladas, achuchones y caídas al descubierto con el recurso exclusivo de la mano izquierda, porque la ecuanimidad oficial no permite darse el placer inefable de rematar la suerte de un estoconazo simbólico, imaginario, pero incontestable y definitivo.

En esta singular porfía, tienen los sábados algo de víspera

de Reyes, cuando se eligen los papeles a estudiar en la soledad dominical exactamente con la misma ilusión infantil que hace poner los zapatos frente a las ventanas.

Y así viene a parar amorosamente a la cártera de los domingos el discurso escrito que a mediodía de este sábado de invierno me hace llegar D. Manuel de Cárdenas y Pastor.

Ha venido nuestro compañero a ocupar el sitio y ostentar la medalla que dejó vacante su compañero de estudios, con el que aprendiera las Bellas Artes bajo las naves de la Catedral de León, D. Antonio Flórez Urdapilleta. Y acabamos de escuchar su oración de ingreso, versada sobre la vinculación de la Arquitectura con las demás Artes y el sentido vocacional indispensable al cultivo verdadero de esta disciplina. La elección de este tema se explica en varias razones; en primer lugar, porque contiene el más cabal homenaje que cumple rendir ante la memoria de nuestro llorado compañero, cuya propia y auténtica denominación de artista en la hora final de su vida marca el vértice de una conducta categórica, la esencia de una norma de vida rectilínea y ascendente, uniforme e inalterable, orientada en el culto a las Bellas Artes, señalando el término de una acción vigorosa, intensa y fecunda, que culmina con su plena madurez en una concepción desbordante de generosidad en su propia ambición al pretender que el vetusto Teatro Real se convirtiera en base y fondo para contrastar en grandioso conjunto las más estimables manifestaciones del arte español contemporáneo; ilusión que hubiera logrado si allá por febrero o marzo de 1932 una consigna gubernamental no hubiera tomado cuerpo en referencias periodísticas fabricadas con preguntas y respuestas dictadas por quien luego había de usarlas como pretexto para fulminar la decisión de suspender las obras del re-

bautizado Teatro de la Opera, que conservaba su firme atributo de realéza.

En esta determinación se inicia un calvario de contrariedades, que desgastan la envoltura carnal de Flórez hasta agotarla, tras de desmoronarse su fortaleza humana en las emociones de la guerra, y entonces su espíritu intacto deja a un lado nostalgias y debilidades, razonables en un proceso de vejez, para encerrarse en un mundo íntimo, sin concesión a pactos de mundanos compromisos ni convenios transaccionales; en un mundo propio de sueños y exaltaciones limpios y transparentes, como si la muerte de sus reacciones materiales dejara paso libre al torrente juvenil de oro, de luz y de color de las vidrieras de León o los mosaicos de Venecia.

Es también razonable que Cárdenas discurra sobre el tema de la vocación profesional del arquitecto, porque es como el examen de conciencia que precede a los pasos trascendentes de la vida; y se comprende que compongan sus palabras, con la aparente suavidad de anécdotas y recuerdos, un camino descarnado, por el que lanza sus ideas vertiginosamente, porque ni hay tiempo aquí ni es lugar de extenderlas en sus detalles, pero con un impulso singular que arranca de sus aristas los chispazos propicios a prender el fuego de una profesión de fe.

Así ha venido a presentarnos lo que pudiera tenerse por mística profesional, por culto al oficio, como razón espiritual de una vida opuesta a la tiranía de lo material; porque si en este aspecto todo trabajo responde a una ley física, se mide o calcula con matemática precisión y se compensa con el toma y daca de unos valores entendidos, en monedas o en especies, en orden al espíritu, sólo se responde al llamamiento de Dios por la vocación y sólo se puede medir o compensar conociendo esa ecua-

ción mental determinada por los valores que en cada caso alcanzan la intensidad de los medios arbitrados en la inspiración y la eficacia conquistada con el ejercicio de la propia voluntad; y si el trabajo físico ocasiona deformaciones y enfermedades corporales en quien lo practica de forma rutinaria o en lugar perjudicial, en el campo del espíritu, el impulso vital puesto al servicio de la vocación sigue un proceso formativo, en el que los preceptos de índole profesional se abren hueco paulatinamente por manera insensible entre las normas de conducta propia, influyen en su condición humana y se incorporan a los principios sustantivos de una ética especial, que así se constituye y define una manera genuina de proceder en la vida.

Con esto se explica, en parte, que un mismo fenómeno produzca diferentes reacciones en varios profesionales al responder a las influencias de distintas disciplinas en sus formaciones sociales respectivas; aunque coincidan en reconocer esas líneas generales que son traducción ignorada de leyes universales comunes a todas las artes humanas y que la vocación trata de descubrir a cada paso cuando la voluntad se entrega de lleno a la inspiración en un trabajo calificable tan sólo en el ámbito de la mística profesional, tan reacia al farisaico como abierta generosamente a cuanto es capaz de redención.

Se explica en último término lo natural del tema porque destaca los males a remediar, señalando entre ellos uno que ataca en su raíz y afecta en su nervio a materia de su cuidado predilecto: la enseñanza.

En ello cierra el nuevo colega contra la pérdida de aquel ambiente estudiantil favorable al cultivo integral de la afición artística, existente aún al iniciarse la atracción de los deportes, que empieza en la preferencia del aire libre a los cafés y

antros cerrados, sigue en la defensa ingenua del prestigio de un club en los colores de una camiseta y acaba en la hipertrofia desmedida del deporte convertido en exhibición profesional.

Con la pérdida de aquel ambiente, se acusa el desequilibrio de la enseñanza; donde el cálculo y la matemática han minado también paulatinamente las bases de una formación esencialmente artística, tratando de rebajarla al plano inferior asequible y cuadrículado por una técnica funcional ambigua.

Estos dos fenómenos desfavorables son reflejos que en nuestro sector producen un mal dominante en el universo; reflejado ya después de la Guerra Europea, pero larvado en la revolución industrial del pasado siglo XIX con su maquinismo, que empieza por deformar paulatinamente la sensibilidad humana y desviar la conciencia hacia principios materialistas que desarman el espíritu.

Por esto, el ambiente estudiantil, propicio al cultivo de las Artes, se apaga y diluye cuando triunfa la pianola eléctrica sobre las orquestas, el jazz sobre el vals o la pavana y el celuloide y la pantalla de aluminio sobre la embocadura de los escenarios, perdiendo el arte en cada paso una posición que ocupa la industria con el apoyo de una técnica mecanizada, que trata de absorber también a cada paso la exclusividad de la enseñanza.

Ese mal se crece cuando se introduce en el ritmo de la vida la cuarta dimensión del tiempo, con hipertrofia que desarticula los sistemas económicos universales mediante una superproducción, cuya fealdad moral de hacer negocios y acaparar mercados se encubre con la teoría de elevar el nivel de vida, crear bienes fijos e imponer su disfrute, cuando en la práctica se exa-

cerba el desnivel y se siembra a voleo en la miseria humana sus conceptos materiales.

Este proceso toma en nuestra técnica la figura del funcionalismo, que desarraiga de la casa el concepto de hogar e inocula el de la máquina de vivir, deshumanizada con mómulos y coeficientes formados sin sentir la emoción del problema a resolver.

Parecida pretensión se sigue en la casa grande de todos que es la ciudad, condenada a perder su carácter típico y tradicional merced al beneficio de un criterio unilateral formado a través de una teoría circulatoria que cubra su figura y transforme su cuerpo en un paquete intestinal de circulación urbana y sus tránsitos y rúas en carreteras, con fachadas a sus lados y, ¡eso sí!, asistidas de colectores, tuberías y aditamentos funcionales, constantés productores de comodidad.

No es extraño que esta manera de enfocar la vida conduzca a algunos a confundir nuestra profesión con un vehículo que sirva a un capital en desplazamientos y operaciones autocalicadas de *racionalismo*, pero en el fondo crueles y egoístas, que sirven de ejemplo y dan lugar a que en las fases sucesivas del proceso de la obra, cada oficio sea simplemente el medio de vivir y se busque en él la manera de acumular horas y aumentar el rendimiento medible por unidades desvinculadas de su calidad; y así, el cantero pierda el hábito de la formalidad de buena labra escurialense y el albañil el primor de los aparejos mudéjares; el ferrallista la exactitud en el doblado y retorcido de los hierros y el encofrador el ajuste y aplomado del cajerío, hasta llegar al encargado de la obra, que sólo atiende al ritmo acelerado de destajos, porque tanto conviene a su propia gratificación como al régimen financiero que se dicta al curso de los trabajos.

Pero al llegar aquí me doy cuenta de haber infringido la fórmula consuetudinaria de estos escritos al anteponer lo precedente a la mención de las dotes y cualidades extraordinarias que realzan la personalidad del nuevo Académico.

En otra ocasión señalé los defectos a corregir en lugar de ponderar las virtudes estimables, en práctica que juzgo más ejemplar y ortodoxa, aunque se abuse en ello de la bondad excesiva del criticado; pero hoy me abstengo por una razón que explica también mi presencia activa.

Cárdenas y yo competimos en unas oposiciones a cátedra de la Escuela Superior de Arquitectura, presididas por aquel cuyo puesto viene hoy a ocupar, y en ellas nos criticamos ya lo suficiente para no rejuvenecernos en demasía al renovar la discusión dentro de ese juego limpio del que sabe perder sin inmutarse y ser el primero en estrechar la mano del rival al felicitarle con toda el alma por el triunfo. No puedo, sin embargo, sustraerme a señalar un defecto, uno tan sólo, y no en la persona, sino en el discurso de mi buen amigo; un defectillo deslizado entre líneas, escondido ruborosamente entre los pliegues de tanta frase cordial, queriendo salir y desligarse de eso que no sé si calificar de timidez o de hipocresía, porque nunca acierto a separar estas dos adorables criaturas cuando van de la mano, a pesar de sus caracteres diferentes.

En el discurso de Cárdenas se trasluce un motivo que desborda las tres razones apuntadas para explicarlo; obedece en cierto modo a un impulso incontenible como razón natural de su propia vida, cimentada en ese culto del oficio, que transmite a su hijo Gonzalo, cuya labor profesional ya conocéis, y pende luego en un importante personaje de cinco años que cede los juguetes a sus hermanos, o a sus amigos, y se vuelve a casa

porque le gusta ver cómo pinta el abuelo; o desvía el paseo dominguero familiar a la Casa de Fieras del Retiro, porque quiere ver de cerca al elefante y aprender a dibujar sus patas, que todavía no le salen a su gusto.

Esta pequeña historia de aparente intrascendencia, arrancada del hueco mismo que dejara en el hueco del papel, explica en sí el sentido exacto de la vocación, nacida y cultivada en el ambiente tradicional que engrandecen nuestras incomparables artesanías y hacen posible llegar a nuestra riqueza monumental, bajo el signo familiar, en esa acepción tan española que abarca a quienes nos asisten en el trabajo cotidiano.

Todo esto puede parecer incomprensible y anodino cuando el resto del planeta se halla entregado a la más espantosa de las destrucciones con apoyo de la ciencia.

Quizá suene todo esto a vieja herrumbre en los oídos que adivinen tras del estruendo de la máquina de guerra su conversión en máquinas de paz y bienestar, que produzcan incluso el arte por millones de unidades.

En cierta ocasión se preguntaba el periodismo ginebrino qué rumbo tomaría la nave de la política española, conmovida entonces por un cambio fundamental; llevaron la pregunta a los magnates de la Sociedad de las Naciones, en los que no faltaron opiniones y augurios para todos los gustos y tendencias, creciendo así la duda en vez de resolverla. Acudieron entonces al arbitrio de Briand, y éste les dijo que sólo era posible vaticinar con una absoluta seguridad una cosa: que habría de faltar totalmente la lógica en todo cuanto sucediera en España.

Yo no sé si entretanto se deshace el mundo en la más inconcebible de las guerras faltamos a la lógica mundana reconstruyendo nuestros monumentos, revistiendo de oro y pinturas nues-

tras Catedrales, mejorando las viviendas de los humildes, tratando de vencer la incuria secular que hizo posible la gran vergüenza de los suburbios, reviviendo el calor tradicional de las artesanías y... sustrayéndonos en esta tarde de mayo a las delicias del cielo azul y la campiña madrileña para hablaros de nuestra vocación y de nuestro oficio, que heredamos de nuestros mayores y debemos defender con toda el alma en sus principios fundamentales inconvencibles.

Es posible, sí, que alguien busque y no encuentre en esto una lógica al uso y servicio de otros lugares; ni lo niego ni lo envidio, que no es ahora el momento ni aquí el lugar de discutirlo, sino la ocasión de seguir cada uno su camino con firmeza. No es mi ánimo apartaros por más tiempo del goce natural del aire libre en esta tarde de primavera, en medio de una paz que nunca sabremos agradecer lo suficiente.

Sólo queda ya concluir mi cometido; y al darte la bienvenida a esta Casa, en nombre de la Corporación a la que desde ahora perteneces, te anuncio a nuestros compañeros con estas palabras, que reviven de nuestro viejo y común afán y son el medio más seguro de hacerles conocer tu firmeza infatigable en la defensa heroica de cuanto cumple defender a esta Academia, para permanencia y esplendor de nuestras Artes.

